

Amado Gómez Ugarte

Amado Gómez Ugarte, escritor, columnista periodístico (colaborador del Periódico de Álava-Arabako Egunkaria).

Ha obtenido numerosos premios entre los que cabe destacar el Premio Jauja, el Ciudad de San Sebastián, el Ciudad de Mérida, el Ciudad de Jumilla, el Ciudad de Vitoria, el 2º premio en el Gabriel Miró, etc...

Ha publicado los siguiente libros:

- Trigo sucio (Premio Jauja. Ed. Caja España. Valladolid, 1993).
- El viaje inolvidable. (Ed. Universidad de Illinois. Chicago, 1994).
- Bidaia ahaztezina (Ed. Elkar. Colección Xaguxar. San Sebastián, 1995).
- La secana (Ed. Bassarai. Vitoria, 1996).
- Ni eta nire kontuak (Ed. Elkar. Colección Miru. San Sebastián, 1997).

Anselmo Barrundia se subió a la rama más alta de un viejo roble y miró hacia el suelo. La altura le pareció la suficiente, hizo dos veces la señal de la cruz y se tiró abajo. Un instante antes de estrellarse oyó un batir de alas a su espalda, y sintió que unas manos inmatrimales, pero fuertes, le sujetaban en el vacío y le depositaban dulcemente sobre la hojarasca. Lanzó una maldición. Quería morir de una vez. Se incorporó y volvió a subir al árbol. De nuevo se tiró y de nuevo le sujetaron. Repitió seis veces el intento con idénticos resultados. Cansado y sudoroso se dirigió hacia su casa. La tarde oscurecía y las orillas del firmamento se teñían de un tono rojo agrisado. En un recodo del camino se cruzó con el cadáver de su amigo Antonio Fraguas, que circulaba en sentido contrario, vagando por el bosque en busca de su alma. Antonio iba vestido con el traje de franela con que lo enterraron y un sudario sobre el rostro, y sonreía con la misma estupidez que cuando estaba vivo, mostrando sus dientes amarillentos de sarro y nicotina.

—A la paz de Dios —dijo el cadáver—. ¿No habrá un cigarrillo pa un amigo?

Anselmo se detuvo. Se hurgó en los bolsillos y encontró un arrugado paquete de Ideales. Sacó un cigarro y lo alargó hacia su difunto amigo. Luego se lo encendió con su mechero de alcohol. —Ya no me sabe a nada —dijo el cadáver lanzando una bocanada de humo—. Pero se hace uno la ilusión...

Las sombras crecían devorando los últimos rayos parduscos de la postrera claridad crepuscular. La noche estaba al caer y todos los muertos del valle estarían prestos a pasear por las veredas. Antonio Fraguas siempre se les adelantaba unos minutos para fumarse tranquilo algún cigarro y recorrer las sendas a su aire. No le gustaban las procesiones y tener que adaptar el paso a los demás. Él siempre había sido un solitario. Tampoco ponía mucho empeño en encontrarse el alma. Le había cogido el gusto a eso de vagar por los caminos, charlar con quien se topase y dejar que la noche transcurriera sin dolor y sin preocupaciones. Era un hombre simple, que tal vez había hallado la felicidad en la muerte. Durante el día no hacía otra cosa que dormir. En vida, mientras se hollaba las manos trabajando de sol a sol, siempre soñó con poder acostarse en horas de faena, como hacían los señores, y pasear de noche, bajo la luna y las estrellas.

1. Cuento ganador, en la modalidad de castellano, del XVI Concurso de Cuentos "Villa de Rentería", organizado por "Ereintza Elkarte", con el patrocinio del Ayuntamiento de Rentería, cuyo jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Félix Maraña, Ezequiel Seminario y Antton Obeso.



Antes de despedirse le pidió a Anselmo otro cigarro para más adelante. Ya encontraría quien le diera fuego. A lo largo del camino no era difícil toparse con algún viajero nocturno o un asaltador o una pareja de amantes furtivos. Y en última instancia siempre quedaba el recurso de acercarse a las casas y llamar a alguna puerta. A un muerto no le niega nadie un favor tan pequeño.

Alguna vez le habían invitado a pasar y sentarse a la lumbre, y le habían ofrecido un vaso de vino y las sobras de la cena. Donde procuraba no meterse era en las casas de las viudas, porque le preguntaban por sus difuntos y le obligaban a mentir piadosamente: "Su marido se acuerda mucho de usted, y si no viene por aquí a hacerle una visita es porque anda muy mal de las piernas, el pobre, y no puede recorrer distancias grandes, pero siempre me pide que le dé recuerdos si la veo". Cuando en realidad los difuntos lo que hacían era peregrinar toda la noche en procesión detrás de las muertas de buen ver.

Anselmo permaneció un instante pensativo, viendo alejarse el cadáver de su amigo. Sentía envidia de aquel cuerpo yerto que había visto enterrar y que ahora, después de muerto, disfrutaba por fin de la vida. Diez minutos después coincidió con un grupo de muertos comunes, que hacían el camino imperturbables, en fila de a uno. Iba delante Patrocinio Gil, el muchacho poeta que murió escribiendo su epitafio, que decía:

Aquí yace un hombre incierto,
que vivió mientras vivió,
y murió al sentirse muerto.

Unos dicen que murió de inanición, enfermedad junto con la sífilis propia de los poetas, y otros aseguran que se mató con perejil por culpa de un incurable mal de amores. Tras el patético poeta muerto se extendía una hilera de cuerpos cubiertos con mortaja, que alguna vez fue blanca y que estaba necesitada ya de un buen lavado. Algunos se alumbraban a la luz mortecina de una vela, cuya llama refulgía trémula a merced del remusgo de la noche. Anselmo saludó cortesmente y dos docenas de voces le devolvieron el saludo.

– No veo a la Manolita –dijo Anselmo–. ¿Ya no anda con ustedes?

– La moza encontró su alma ayer noche –respondió el poeta tomando la voz en nombre del grupo–. La halló en un surco

de la era. Se ve que algunas almas sienten apego por los lugares donde más han disfrutado.

– Donde más han pecado, querrá decir usted –dijo el cadáver de una señora mayor con pinta de beata.

La comitiva prosiguió su curso, aunque antes Anselmo tuvo que encender con su mechero dos o tres velas que se habían apagado.

– Como le pille a alguien soplando le hago un parte –se oyó la voz del poeta clamando en la lejanía.

Cuando Anselmo Barrundia llegó al pueblo la oscuridad era total y solamente se guiaba por el verdor fosforescente de las luciérnagas que invadían los bordes del camino. La taberna estaba abierta y dentro se escuchaban voces. Anselmo empujó la puerta. Necesitaba un trago o dos, o tres. Una mujer muy escotada y con el pelo teñido de rubio llenaba unos vasos tras el mostrador. –Anda Reme, tráete otra jarra –le dijeron de una mesa–. Y diez pesetas si te sueltas otro botón.

Anselmo quiso volver a morirse. Estaba loco por esa mujer. –Diez pesetas si no te lo sueltas –dijo,

– Venga, Anselmo, no seas aguafiestas –dijo la Reme–. Que yo me gano la vida con esto.

Y se soltó el botón. Sus pechos asomaban en la desabotonada blusa como dos palomas a punto de emprender el vuelo. Anselmo apretó los dientes y calló. Pidió una botella y la vació en silencio. Entre las mesas se escuchaba la voz de la tabernera que decía: –Las manos quietas, que eso se paga en billetes, no en monedas.

Por un ventanuco abierto en mitad de la pared se colaba un haz de oscura sombra, que se entreveraba en claroscuros a la luz de las lámparas de aceite. Anselmo estaba borracho.

– ¿Por qué no te casas conmigo y dejas esta mierda?– dijo acariciando el pelo de la rubia.

Ésta le apartó la mano.

– Porque eres un muerto de hambre. Y antes de un mes tendría que trabajar el doble: para ti y para mí.

Que ya me ha pasado muchachito... Llegas tarde.

– Pues mañana mismo me tiro de un árbol o de un puente –farfulló Anselmo sin poder casi pronunciar las palabras.

– Me has contado eso tantas veces –afirmó la rubia en tono de burla–. Que sólo te creeré cuando lo vea.

Anselmo se irguió malamente y convocó a todos los presentes a que le siguieran hasta el puente alto del río. Hubo risas y apuestas. Los parroquianos se levantaron de las mesas alborozados.

zados y le llevaron a empellones hasta el mismo pretil del puente. La tabernera trató de disuadirles, pero ya era demasiado tarde.

– Si se me olvidan del asunto y dejan al Anselmo en paz les enseño las tetas –dijo, llevándose las manos a los botones que le faltaban por abrir.

Pero no hubo manera, preferían ver cómo el idiota de Anselmo se partía la crisma. La Reme corrió en busca del señor Alberto, el alguacil, y del señor cura, don Ascensio. Cuando llegaron, a medio vestirse la chaquetilla y la sotana, Anselmo estaba subido en lo más alto gritando que se iba a tirar de una vez por todas, porque la vida ya no le interesaba. Abajo, a más de quince metros se veía un charco que una vez fue río y ahora servía apenas para refugio de cuatro ranas. La gente comenzó a asomarse a las ventanas. Anselmo dio un par de tumbos y se precipitó al vacío. Un clamor corrió la calle de orilla a orilla. Poco después Anselmo sintió el aleteo y las manos que le asían por la espalda. Cayó suavemente sobre la charca, se incorporó y maldijo.

La gente se arremolinó a su alrededor y le palparon para comprobar que estaba ileso.

– Una de dos –dijo solemne el párroco–. Esto es cosa de Dios o del diablo. Y más vale que sea cosa de Dios, porque si no al Anselmo le retuerzo el pescuezo con mis propias manos.

Esa noche Anselmo se acostó, como siempre, en su viejo jergón. Vivía solo desde que murió su madre. Cerró los ojos y soñó que él también estaba muerto y que ya no sentía ningún dolor, ninguna desazón, ninguna pena. Pero por la mañana, con el sol, la vida comenzó de nuevo. A la hora en que los muertos se acostaban Anselmo se levantó de la cama. Le dolía la cabeza por culpa del alcohol y algo en el estómago le refluía como el vaivén de las olas yendo y viniendo contra la costa. Se vistió a toda prisa y salió de casa sin desayunar. Por la calle, la gente le señalaba con el dedo. Tomó la dirección de la obra en la que trabajaba. Era albañil por parte de padre, que fue el que le enseñó el oficio. Su padre murió al caer de un andamio, y Anselmo sospechaba que esas manos que le protegían de toda caída eran las de su difunto padre, empeñado en que su hijo no corriera su misma suerte. Al doblar una esquina se encontró con la Reme, que le esperaba con un paquete envuelto en papel de periódico.

– Toma este bocadillo, pedazo de bestia –le dijo–. No sé por qué me ocupo de ti con los disgustos que me das. Y no me vuelvas a comprometer en la taberna. Yo no soy mujer de un hombre. Tengo ya muchos años para que me vengan a estas alturas hablando de amor. Yo soy del que puede, no del que quiere. ¿Te enteras?

Anselmo imaginó que la empujaba contra el muro y la besaba, que ella le correspondía y le citaba para esa misma noche, cuando todos se marchasen. Pero agachó la cabeza y prosiguió su marcha, con el bocadillo apretado entre las manos. La Reme deseó, por un momento, que la hubiera besado allí mismo, que la hubiera rodeado con sus brazos. Pero esa noche, al cerrar, tenía una cita con un hombre que le había prometido cien pesetas. Una pequeña nube dejó caer dos gotas que corrieron por las mejillas de la mujer. El cielo estaba azul y despejado.

A media mañana Anselmo se comió el bocadillo que le había preparado la Reme. Estaba subido en la tercera planta de un edificio en construcción. A su lado algunos restos de mortero medio seco y unos adobes esparcidos por el suelo, una carretilla, una paleta, una llana, unos montones grises de mezcla de arena y piedra. Algunos compañeros de trabajo, al otro extremo de la planta, untaban pan en sus marmitas y hablaban de la miseria de vivir y de lo poco que daba de sí el maldito oficio. Desde esa altura se dominaba un panorama compuesto de azoteas donde mujeres vestidas de negro colgaban ropas blancas. Al fondo, sobre una pequeña colina se divisaba el cementerio. El enterrador circulaba por entre las cruces, golpeando las tumbas con la pala. Seguramente anoche, algunos muertos, con la prisa por recogerse, se dejaron la tierra removida. Una voz de mujer sonaba dulce en la solana entonando una canción cuyo estribillo decía:

El amor es una estrella
que se apaga con el día.
El amor es una huella
perdida en la lejanía.

Anselmo miró hacia abajo, hacia el suelo. Le hubiera gustado arrojarse y reventar contra el cemento. Pero sabía que era inútil, que para mayor desgracia estaba condenado a vivir con su pena, a no librarse de ella. Recordó el cadáver de su padre, con la cabeza partida y malamente recompuesta para el velorio, y el llanto de su madre al pie de la caja. Su padre no volvió a aparecer después de muerto. Le dijeron otros difuntos que era por no causar miedo a los seres queridos con su aspecto. Su madre sí que volvió después de muerta, para aconsejarle que buscara una buena



mujer y que formase una familia, que tanta soledad no era buena para un hombre. Al principio se presentaba cada noche. Le hacía la cena y arreglaba la casa. Pero, parece ser que encontró el alma y se fue, sin tiempo siquiera de despedirse. Por entonces, para no sentirse tan solo, comenzó a frecuentar la taberna. Allí conoció a la Reme. Al verla sintió una punzada en el pecho, como si le hubieran dado una puñalada. No había visto nunca una mujer tan rubia, con los labios tan rojos y el escote tan descubierto. En realidad, no había mirado nunca a una mujer sintiendo lo que ahora le apuñalaba el corazón. La Reme tenía algunos, quizá bastantes, años más que él. Y su cuerpo había perdido la prietud de la carne joven. Pero la suerte estaba echada y el destino no tenía vuelta. La primera vez que le ofreció matrimonio, la Reme se lo tomó a broma y rió en voz alta ante su cara. “Nos ha salido ocurrencia el gañán”, dijo entre carcajadas. “Más te valdría cortejar a las pollitas de tu edad, que la gallina vieja, mucha pelleja”. Pero lo que él sentía era en serio. Se volvió más melancólico todavía y le pidió al difunto poeta, Patrocinio Gil, que le compusiera algunos versos para ella. Tuvo que llevarle a la taberna, para que la viera, porque el poeta no la conocía. A Patrocinio le pareció una mujer vulgar y malhablada, una villana Dulcinea, incapaz de inspirar un sentimiento tan intenso y puro, salvo en un loco quijotesco. Pero, como Anselmo le prometió una pluma nueva y un tintero lleno, accedió a su pesar.

Tus ojos son luz en mí desamparo,
 tus labios son dulces de arroyo y miel,
 tus manos son jarras de vino claro
 tus pechos son odres de moscatel.

Cuando Anselmo lo recitó en la taberna, con el corazón en un puño, la Reme, creyéndole borracho, le puso de patas en la calle, mientras los demás reían y reían. “Y no vuelvas hasta que se te pase”, le dijo. Ésa fue la primera vez que Anselmo se tiró de un árbol. Se subió al ciprés del cementerio, cerró los ojos para morir soñando, y despertó en el suelo, sin daño y con las mismas penas auestas. Creyó que realmente había sido un sueño y volvió a tirarse y a salir ileso. Desde entonces intentaba suicidarse, sin éxito, una o dos veces a la



semana. Nunca había sido tan perseverante en nada. Quería morir para que la Reme sufriera por él, para salir por las noches de la tumba y visitarla. Estaba seguro que, ya cadáver, ella lo amaría. Había oído decir a los más viejos que las cosas sólo se aprecian cuando se pierden. Y él quería perderse, perder la vida, para que la Reme por fin le apreciase.

El sonido de una lata golpeada por el capataz anunció que la hora del bocadillo había terminado. Los hombres recogieron sus marmitas y las botas de vino, se despezaron y volvieron al trabajo. Una bandada de oscuros vencejos alborotó el cielo. La vida continuaba su curso imparable. No había tiempo de detenerse a pensar ni de soñar despierto. Anselmo tardó un poco aún en incorporarse y se ganó una bronca del capataz.

– Aquí no se paga por sestear –le dijo–. Aquí se paga por sudar la frente. Las noches de borrachera se curan con la trabajera...

A esa misma hora, en la taberna, la Reme llenaba unas botellas de Anís del Mono con anís a granel y echaba algo de agua en los garrafones de vino, para hacerlo más rentable. Y mientras realizaba estos trabajos habituales pensaba, sin querer, en Anselmo. Por un lado se sentía halagada de que un muchacho la requiriese de amores, eso significaba que no representaba ser una mujer tan mayor como su edad le decía. Significaba que no debía dejar marchitar todos sus sueños y entregarse a cualquiera que pudiera comprarla, que aún le quedaba una esperanza para poder calar en el corazón de un hombre bueno. Pero, por otro lado, dudaba de que ese muchacho estuviera en sus cabales. Y eso podía significar que ya sólo le quedaba mecha para encender el corazón de un loco. La taberna estaba aún vacía. Ella no acostumbraba a beber, pero aprovechó para pegarle un trago largo al anís. Le daba igual que fuese de mala calidad. Sólo quería quemarse un poco por dentro, incinerar las penas. El futuro no era muy halagüeño, las mujeres como ella acababan siempre solas y olvidadas. Para eso quería el dinero, para tener algo que ofrecer cuando todos le dieran la espalda. Sin embargo, Anselmo parecía tan sincero cuando le hablaba de amor, tan simple e inocente, que precisamente esa realidad, esa simpleza, esa inocencia eran las que le asustaban. Había conocido muchos hombres y dado muchos tumbos. La vida le había enseñado que las cosas no eran nunca tan sencillas como aparentaban, que por eso los ríos tienen meandros y los caminos se enredan en curvas y más curvas hasta llegar a su destino. Por otro lado se sentía tan sola, tan vacía. Esa misma noche tenía cita con un hombre, pero era nada más que dinero. Una hora en la alcoba de arriba y luego las ganas de que se marche pronto, que se vista rápido y salga por la puerta de atrás, que se pierda para siempre en la noche. Y cuando el hombre se fuese, prepararía con agua caliente la tina grande y se bañaría

en ella con jabón de olor, restregándose con fuerza cada recoveco de su piel para sacarse la sensación de suciedad.

Volvió a pensar en Anselmo, en sus manos torpes y ajadas de albañil, en sus ojos tristes y sus miradas temerosas y furtivas. La miraba como se mira un horizonte inalcanzable, un inaferrable rayo de luna, un sueño. Por un instante se dejó llevar por la ternura y todos sus pensamientos quedaron suspendidos en el aire. Vio a Anselmo cayendo del puente como una paloma con las alas rotas y luego el milagro de llegar al suelo sin daño alguno. Pensó que le hubiera gustado realizar con él ese vuelo mágico, retar a la muerte, no sentir miedo de dejarlo todo por una ilusión. Se llevó a los labios, una vez más, la botella y aguantó un buen rato la quemazón del líquido en su garganta. De pronto se acordó de los años exactos que tenía, le llegó la cifra a la conciencia como si fuera un número de latigazos que estuviera condenada a recibir. Era demasiado tarde para un comienzo. ¿Cuánto podría durar el alocado amor de ese muchacho? Al menos el hombre de esta noche no le produciría dolor al despedirse, tan solo indiferencia. No quería sufrir. Ya había padecido bastante por culpa de los hombres. Ya había pagado con creces y con soledad sus pecados y sus sueños. Prefería la indiferencia del dolor. Pegó otro trago. Acabó de llenar las botellas y se dispuso a recibir al personal. Pronto sería la hora de la salida del trabajo, y aparecerían, ruidosos, los obreros, de paso hacia sus casas, adonde llegarían con unas copas de más y algunas monedas menos. La Reme se miró en un ajado espejo que guardaba bajo el mostrador, se arregló el rubio cabello, se aflojó un par de botones del escote y arrojó los pensamientos al balde de agua jabonosa donde se ahogaban los vasos sucios.

En la obra, Anselmo preparaba la mezcla mecánicamente: seis paladas de arena, dos de cemento, seis de arena, dos de cemento. Le esperaba una vida entera así. Como mucho, y ya de viejo, podría llegar a capataz. Prefería morirse. No quería ser capataz y que todos se humillaran frente a él y maldijeran a sus espaldas. Mirase por donde la mirase su vida no merecía la pena. Por la Reme sería capaz de aguantarlo todo. Mas, sin ella, cada minuto resultaba un sacrificio inútil. Podía colgarse o pegarse un tiro, pero ésa no era una muerte hermosa. Su deseo era caer desde la altura y partirse la cabeza, como su padre. Y que la Reme llorase ante su cuerpo muerto, como vio hacer a su madre. En el reloj de la torre de la iglesia había dado ya la hora de dejar de trabajar, pero el capataz les usurpaba siempre diez o quince minutos de sudor. “Ese reloj marca la hora del Cielo, pero aquí estamos en el infierno”, decía entre carcajadas. Y el rostro se le enrojecía en el gesto convulso de la risa, proporcionándole un aspecto diabólico. El capataz mantenía en su casa, además de a su mujer y a sus tres hijas, a su madre, a su suegra, tres cuñadas viudas y seis gatas. Se decía que por eso tenía el carácter avinagrado. Se decía, también, que en su casa lo trataban como a un manda-

do y que hasta las gatas le maullaban. En la obra manejaba al personal golpeando una lata. Daba la señal de empezar y de parar. Hacía sonar la lata también para llamar la atención de quienes le parecía que trabajaban poco, se distraían o no levantaban los tabiques bien derechos. La lata era su cetro, el símbolo de su autoridad. Claro que, en cuanto se daba la vuelta, hacían risas a su costa. Le llamaban “el latoso”, y hasta le habían compuesto una coplilla que cantaban en voz muy baja, y que decía:

El capataz es un fiero
de las paredes pa ajuera,
pero adentro e sus paredes
le mandan nueve mujeres.

Cuando, diez minutos después, sonó la lata, los hombres salieron de estampida en dirección a la taberna, para echarse unos tragos y mirarle la escotadura a la tabernera. Algunas de sus mujeres, que les conocían los malos hábitos, los esperaban de camino y se los llevaban directamente a casa, a empujones si era necesario: “O te vas listo pa casa sin rechistar o esta noche duermes en el zaguán, con el perro y las gallinas. ¡Pues no sé qué vas a encontrar ahí, donde esa desvergonzada, que yo no tenga en tanto o en más!”.

Anselmo se lavó bien las manos y el pescuezo con jabón de sosa, y se peinó el pelo hacia atrás, buscando el reflejo de su imagen en la superficie temblorosa de un balde de agua. Se sacudió unas manchas reseca de cal que le afeaban la camisa y tomó con parsimonia el camino de la taberna de la Reme. No tenía prisa. Prefería llegar cuando todos se hubieran marchado. No le importaba quedarse sin comer, con tal de poder estar a solas con ella un rato, con tal de poder decirle que la amaba sin tener que soportar la presencia burlesca y las mofas de los otros parroquianos. La Reme, a solas, era distinta, pero cuando había gente le trataba como a un idiota. “Aquí los hombres vienen a divertirse, que para hacerse malas sangres ya tienen sus casas”, le tenía dicho. “Yo no puedo tener un hombre fijo, porque entonces los demás dejarían de venir. Aquí el negocio está en ser de todos y de nadie”. Pero Anselmo no se conformaba con ser uno más. Quería que ella le amase de verdad, con ese amor sincero capaz de ocupar un corazón por completo, sin dejar ninguna rendija.





La Reme había estado dándole tragos al anís y tenía la mirada perdida en otro mundo, como los borrachos y los muertos. Vio venir al Anselmo y sentarse a su lado en la barra. La taberna estaba vacía. Estaban solos.

– Has esperado a que se fueran todos, ¿verdad? – dijo, observando el rostro limpio y el cabello repeinado del hombre.

– Ya sabes... – respondió él.

Por culpa del anís o de alguna otra borrachera interior, la Reme sonrió con cierto afecto, tal vez piedad, tal vez dulzura. Anselmo era un niño grande. De cuando en vez tenía arranques de hombre, pero todo el mundo sabía que era simple de cerebro, que su edad mental se había detenido a los catorce años, cuando murió su padre. Servía para trabajar y para beber vino, tenía el cuerpo desarrollado y del tamaño de un adulto, pero era un niño para todo lo demás. Por eso ella no quería hacerle daño. No quería darle falsas esperanzas y mentiras, como a los demás. Prefería ahuyentarlo, alejarlo de su vida, aun sabiendo que aquél era el único amor verdadero que jamás nadie le había ofrecido.

– Yo soy una mujer mala, Anselmo. Tengo un cuarto arriba y me acuesto con hombres. Y tú lo sabes.

Anselmo se tapó los oídos. No quería escuchar. La realidad no le interesaba. La vida no es sólo realidad –pensó–. Si sólo fuese realidad nadie miraría a las estrellas buscando un sueño, nadie dibujaría un corazón en el tronco de un árbol, nadie perdería el tiempo en escribir palabras de amor...

La Reme le pegó el último trago a la botella. No se sentía bien. Deseaba no desear que todo terminase. Salió de detrás

de la barra y empujó a Anselmo hasta el fondo del local, donde comenzaban unas empinadas escaleras.

– ¡Sube! –gritó, empujándole hacia arriba. Su voz era distinta, quebrada por el alcohol y la pena.

Arriba, un pequeño cuarto con una cama y una cocina daba paso a un balconcillo.

– En esa cama. ¡Lo ves! –gritó de nuevo.

Anselmo no quería ver, pero veía. Nunca se había sentido tan perdido en un sitio tan pequeño. La Reme tenía lágrimas en los ojos. Estaba furiosa con él o con el mundo. Daba igual, era a él a quien gritaba. La vio echarse en la cama y quitarse la ropa mientras le repetía que era mala, una mujer mala. La blusa, la falda, toda la ropa... Estaba desnuda frente a él sobre la cama. Anselmo se asustó. Sólo quería hablar de amor. Decirle que había estado pensando en ella cada instante, mientras mezclaba la arena y el cemento, mientras levantaba, ladrillo a ladrillo, una pared. Que pensaba en ella todos los minutos de todas las horas de todos los días de todos los meses de todos los años de toda su vida. Pero la Reme estaba allá sobre la cama, desnuda y borracha, pronunciando palabras que le hacían daño. Sin saber lo que hacía, pensando sólo en huir, refuló, caminando de espaldas, hasta encontrarse en el pequeño balcón. En su inconsciencia, tropezó con la barandilla, el cuerpo le venció y cayó abajo como caen los sueños en picado cuando uno los abandona. Fue un instante. Un accidente. Un leve momento en el que comprendió que aquello era diferente de todas las veces anteriores. Ahora no era él el que quería morir, ahora era la muerte la que le buscaba. Y contra el empuje de la muerte, perenne y poderosa, nada podían hacer por sujetarle los brazos cansados y viejos de su padre.

Quedó bajo el balcón, con la cabeza rota. Arriba, la Reme le lloraba como no habría llorado por ningún otro hombre.

Esa noche, Anselmo se levantó el primero de su tumba. Antes que ningún otro muerto. Antes incluso que su amigo Antonio Fraguas. Se lavó la cara en una charca, se peinó el pelo hacia atrás y tomó el camino de la taberna. Tenía prisa por ir donde la Reme y declararle su amor eterno. 🍷